

Gonçalo M. Tavares

El reino

Prólogo de Enrique Vila-Matas





Seix Barral Biblioteca Formentor

Gonçalo M. Tavares

El reino

Prólogo de Enrique Vila-Matas

Traducción del portugués por
Rita da Costa

Título original: *Um Homem: Klaus Klump / A máquina de Joseph Walser / Jerusalém / Aprender a rezar na Era da Técnica*

Um Homem: Klaus Klump: © Gonçalo M. Tavares, 2003
© por la traducción, cedida por Random House Grupo Editorial S. A. U.,
Rita da Costa, 2006

A máquina de Joseph Walser: © Gonçalo M. Tavares, 2003
© por la traducción, cedida por Random House Grupo Editorial S. A. U.,
Rita da Costa, 2007

Jerusalém: © Gonçalo M. Tavares, 2005
© por la traducción, cedida por Random House Grupo Editorial S. A. U.,
Rita da Costa, 2009

Aprender a rezar na Era da Técnica: © Gonçalo M. Tavares, 2007
© por la traducción, cedida por Random House Grupo Editorial S. A. U.,
Rita da Costa, 2012

© por el prólogo, Enrique Vila-Matas, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: noviembre de 2018
ISBN: 978-84-322-3423-1
Depósito legal: B. 23.198-2018
Composición: Gama, S. L.
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO I

1

La bandera de un país es un helicóptero: hace falta gasolina para mantenerla en el aire. La bandera no es de tela sino de metal; se agita menos al viento, ante la naturaleza.

Avanzamos sobre la geografía, estamos aún en el lugar de antes de la geografía, en la pregeografía. Después de la Historia no hay geografía.

El país está inacabado como una escultura. Fíjate en la geografía de un país: le falta terreno, escultura inacabada. Invade el país vecino para terminar la escultura, guerrero escultor.

La matanza vista desde arriba: escultura. Todos los restos de cuerpos pueden ser el inicio de otros asuntos.

Con fuerza arrancó del suelo un perro. No era un árbol pequeño, era un perro.

Los animales no resisten como el mundo botánico, ni como un sombrero. El sombrero vuela con el viento, el perro no, el árbol jamás. Pero a veces viene una perturbación me-

dia y la naturaleza muestra uno de sus lujos: la maldad. Vuela el sombrero, los perros e incluso los árboles.

Johana salió del velatorio y entró en un bar donde se cantaba estúpidamente el himno porque había un partido importante. Bajó los ojos, pidió un vaso de vino, a las mujeres no les damos vino, dijo el hombre, grosero, no se interrumpe a los hombres mientras cantan el himno. Johana tenía una piedra en el bolsillo, una piedra fuerte; se notaba que era una piedra fuerte, pequeña pero densa, hay energía en las cosas, una energía violenta que los ojos comprenden; Johana sacó la piedra del bolsillo, la dejó sobre la barra. No es una lámpara, dijo ella; si funciona, te deja ciego. Pero no dijo esto, lo pensó. El hombre comprendió. Dijo: Si quieres vino, te lo doy. Se fue a buscar un vaso, lo llenó de vino.

Una máquina hambrienta. Johana se levanta y escupe sobre la máquina. Échale monedas si quieres oír música, no le escupas. Monedas, escupitajos no, ¿entiendes?

Johana quiere pagar, discute el precio: Demasiado caro, dice. Es un vaso de vino, dice el hombre, invita la casa. No vuelvas por aquí.

El hombre fumaba un cigarrillo, era guapo, joven. Johana lo miró y salió. Pero no llegó a salir realmente, ni siquiera cuando estaba ya a más de cien metros, en el exterior, porque seguía mirándolo.

Los tanques entraban en la ciudad. El sonido militar entraba en la ciudad y la música tranquila se escondía en la ciudad. En la calle, alguien intentaba furiosamente vender los diarios. Los tanques entraban en la ciudad, las noticias se aceleraban sobre el papel.

Pero eso no existe: los ojos se aceleraban sobre la noticia: había gente ansiosa: las mujeres no morían, pero oían morir.

Johana se orina en los pantalones.

Me he hecho pis, dice. Perdona.

(El hombre que está a su lado no es su hermano.)

Una mujer extraordinaria contempla largamente una hormiga. Una hormiga, una. Una cosa estúpida y negra. Una tierra santa y negra que avanza por el mundo minúsculo, más baja que nuestros pies, hay cosas más bajas que nuestros pies, ¿lo ves?

Una hormiga que va a ser perforada por la aguja neutra de una mujer. De una mujer magnífica. Dicen que se casó haciendo vibrar las frases del evangelio: todos los hombres veían en las palabras dulces anuncios de seducción, sentencias que esconden el erotismo del mundo.

Los hombres que son más fuertes entran en el ejército, los hombres que son más fuertes violan a las mujeres que se han quedado atrás, mujeres de los enemigos que huyeron.

Un soldado con el rostro muy rojo se baja los pantalones masculinos con fuerza hacia el suelo. Con fuerza, sus manos tiran del vestido, como si las cortinas, al ser arrancadas, mostrarán una anatomía en estado raro: senos de gran tamaño que tiemblan. El hombre tiene el rostro más rojo todavía, y el pene rojo también. Materia roja fornicación largamente a una mujer débil. Es viernes, y sigue habiendo un árbol en el jardín pese a que hay tanques pasando por las calles. Johana no es esa mujer debajo del soldado, pero ha oído hablar de lo que le ocurrió a esa mujer debajo del soldado.

El ruido al leer el libro era el ruido de los aviones en el cielo. No bombardean de día, dijo Klaus.

Klaus dejó el libro y miró directamente el ruido. Este sonido no es el sonido de la lectura, dijo. Ni el sonido natural del cielo.

Los aviones se infiltraban en la naturaleza alta y asustaban.

No hay marineros, los marineros se han acabado. Han cerrado el mar.

Tienen un barco fijo en el agua. No sale de allí.

En la filosofía, el mínimo de recursos rápidos, el examen surge en la vejez: la lentitud que aún se disipa. Aumentar la interminable lentitud.

Los niños son felices con una libreta en blanco. Lo importante en la infancia son los intentos.

El fragmento de una noticia se vuelve hipótesis para un verso. Johana está quieta y el diario en sus manos inquieto. ¿A quién han matado hoy?

Por la mañana los tanques parecen objetos particulares, cosas grandes hechas para la higiene de las calles. Limpian las plazas, limpian la basura de las plazas. Limpian el lenguaje de las plazas y las cafeterías, y limpian el lenguaje porque cuando los tanques pasan los hombres hablan bajo, ¿te has fijado? Es Johana quien se lo dice a Klaus.

Nunca has visto un tanque en funcionamiento. Este país todavía es perfecto, esta calle todavía es perfecta: nunca ha estallado una bomba cerca de ti.

Es bueno tener a los enemigos tan cerca, pasando con los tanques por nuestras calles: así nos aseguramos de que no nos bombardearán.

Los tanques pasan por las calles. Las calles tienen el nombre de nuestros héroes. Ellos no conocen la lengua: no saben pronunciar sus nombres. Tropiezan con la pronunciación, no aciertan a acentuar las sílabas. Y los tanques no tienen tiempo para aprender lenguas.

Klaus ha dejado su oficio, pero sólo por hoy. Trabaja en una imprenta. De hecho, es editor, quiere hacer libros que perturben a los tanques de forma definitiva.

Esto no es un libro, es una pequeña bomba.

¿Quieres perturbar a los tanques con prosa?

Un caracol casi no pasa de tan pequeño que es al lado de Klaus, junto a sus pies.

Fíjate cómo los caracoles casi no pasan, dice Klaus. Johanna se ríe.

De pronto, Klaus levanta el pie y pisa el caracol con fuerza. Se oye el sonido.

¿Por qué has hecho eso?

Klaus no contesta.

No ver nada es estar oculto.

Hay demasiado asfalto en este país. Los hombres valerosos ya no tienen bosque suficiente para esconderse.

Un tercio de los hombres de la ciudad estaba escondido. A los tanques no les gustaban los hombres que estaban escondidos. Pero seguía habiendo cierta inestabilidad entre los vencedores. Se paseaban por la calle y a veces sonreían, otras veces eran crueles.

La víspera habían amenazado con romperle las gafas a Klaus. Klaus se arrodilló: besó las botas de un hombre.

Klaus recordó su infancia: se sentía avergonzado cuando no sabía resolver un problema de álgebra. Ruborizado, mirando fijamente los números a la izquierda de un signo y los números a la derecha del mismo signo. A esa edad, quienes lograban resolver las ecuaciones eran héroes para él. Son buenos los tiempos en los que admiramos a los matemáticos.

Klaus no había sentido vergüenza mientras besaba la bota derecha del soldado. Más tarde, sí. Alejado de la acción.

Porque cuando se tiene miedo no se tiene vergüenza, o la vergüenza ocupa menos espacio que el miedo, enorme. Y por eso no existe.

Sólo más tarde recordó la vergüenza que sentía estando de pie, frente a la pizarra en la que había una ecuación, el profesor mirándolo y él sin saber cómo salir de allí. Era la sensación de estar en un laberinto, cada ecuación era un laberinto del que no sabía salir.

No sé resolver esto, decía el pequeño Klaus. Y entonces veía que el profesor empezaba a sonreír.

El profesor sonreía poco. Nunca sonreía. Sólo sonreía cuando algún alumno se equivocaba o cuando algún alumno dejaba caer los brazos y decía: No sé resolver esto.

Entonces el profesor ordenaba a Klaus que se apoyara sobre la mesa con el culo en pompa y le decía que se bajara los pantalones. Lo golpeaba con una gruesa tabla de madera. Lo golpeaba tres veces, con fuerza. Y Klaus detestaba tres veces los números.

La vergüenza no existe en la naturaleza. Los animales conocen la ley: la fuerza, la fuerza, la fuerza. El débil cae y hace lo que el fuerte quiere. La inundación, las lluvias, el mamífero más pesado y veloz y el mamífero pequeño. Los primates, los reptiles, los peces grandes y los más diminutos, la cascada: ¿has visto caer a algún animal?, no hay el menor atisbo de compasión entre los animales y el agua, el mar se ha tragado miles y miles de perros desde el principio del mundo. No hay el menor atisbo de compasión entre el agua y las plantas, entre la tierra que se desmorona y los pequeños animales recién nacidos. La naturaleza avanza con lo que es fuerte y la ciudad avanza con lo que es fuerte: ¿Qué duda tienes? ¿Qué quieres?

No hay animales injustos, no seas imbécil. No hay inundaciones injustas ni desmoronamientos maliciosos. La injusticia no forma parte de los elementos de la naturaleza, un perro sí, y un árbol y el agua inmensa, pero no la injusticia. Si la

injusticia se hiciera organismo —algo que puede morir—, entonces sí formaría parte de la naturaleza.

Los hombres han querido introducir en la naturaleza cosas inventadas por los débiles: fueron los débiles quienes inventaron la injusticia para luego poder inventar la compasión. Ni la dócil agua comprende qué es eso de la injusticia. ¿Quieres ser más bondadoso que una sustancia química que se escribe de un modo tan simple como éste: H_2O ? No seas imbécil. Mira los tanques: dispara con ellos o contra ellos. La vida en la guerra sólo tiene dos sentidos: con ellos o contra ellos. Si no quieres morir, besa las botas del más fuerte, y punto.

Mientras, los astros inmundos mantienen su mansa armonía.

Johana mira por la ventana. Klaus, su amante, aún no ha llegado. Mientras el amante no llega, la mujer no se aparta de la ventana. Las ventanas existen porque los amantes existen, y porque los amantes todavía no están en casa. Las ventanas dejan de existir cuando las personas a las que quieres vuelven. Mira el frío, la tormenta allá fuera.

Klaus aún no ha llegado. ¿Llegará Klaus con los dos brazos que tenía al salir?

A veces el mundo amputa el brazo de los hombres que están del lado de fuera de la ventana. Mira el mundo, el mundo tiene un filo.